

David J. JEREMY, *Capitalists and Christians. Business Leaders and the Churches in Britain 1900-1960*, Clarendon Press, Oxford 1990, XVII + 491 pp., 16 x 24,5

La obra de Jeremy ofrece un análisis de la relación entre las «business cities» y las Iglesias cristianas británicas durante el siglo XX. El autor afronta la cuestión desde dos perspectivas. De una parte, la incidencia del cristianismo en los líderes económicos, y los intentos de reflejar una visión cristiana en la vida de los negocios. Las iniciativas tomadas con este fin resultaron de escasa influencia, aunque ciertamente sugerentes. De otra parte, el A. considera la presencia de los líderes económicos en la vida y organización intraeclesial de las comunidades cristianas. Quizá exista en esta segunda perspectiva del libro una excesiva concentración del análisis en términos de poder.

El trabajo se ocupa poco de la Iglesia católica, por obvias razones sociológicas, habida cuenta de la pequeña representación de los católicos, especialmente en las élites económicas británicas. Con todo, el autor se muestra objetivo en la mayoría de las ocasiones, aunque no oculta sus preferencias por el cristianismo de tipo evangélico.

El libro presenta la buena factura habitual de la editorial oxoniense. Los abundantes gráficos con datos estadísticos que presenta la edición hacen del libro de D. Jeremy un trabajo interesante.

M. Fitzgerald

José Javier LIZARRAGA, OAR, *El padre Enrique Pérez, último vicario y primer prior general de la Orden de Agustinos Recoletos (1908-1914)*, Roma (Institutum Historicum Augustinianorum Recollectorum Studia, 4) 1990, 648 pp., 16 x 24.

El Instituto Histórico de los Agustinos Recoletos publica la tesis doctoral

presentada por J. J. Lizarraga en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. La dirigió el profesor Franco Díaz de Cerio.

Siguiendo en la línea de sus publicaciones anteriores, Lizarraga estudia la actuación del padre Enrique Pérez (1854-1927). Aunque su nombre resulte poco conocido, el padre Enrique ofrece aspectos relevantes en la historia de la Iglesia española de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Vivió en Roma más de veinte años (1887-1908) desempeñando el cargo de Procurador General de su Orden, y en este tiempo mantuvo una tupida red de relaciones no sólo con obispos, cardenales y papas, sino también con los estudiantes del Colegio Español —donde fue confesor y director espiritual catorce años— y un buen número de congregaciones femeninas españolas o americanas a las que diligentemente acompañaba en sus primeros pasos institucionales: Siervas de María, Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, Hermanas de la Caridad de Santa Ana, Betlemitas, Madres de los Desamparados y muchas más.

Sin embargo Lizarraga ha preferido dejar por ahora la faceta pública de su personaje, para concentrar sus esfuerzos en la actuación de éste como Superior General. En consecuencia, los catorce capítulos, los 24 apéndices documentales y el cuadernillo de fotografías que componen la obra son todos de orden interno y —en apariencia, al menos— de interés tan sólo para los agustinos recoletos y algunas otras Ordenes allegadas.

Aunque, bien mirado, no sea así. Al contrario, para el estudioso de historia y los interesados en los avatares de los Institutos religiosos, la obra de Lizarraga ofrece gran interés. La Orden de Agustinos Recoletos que Enrique Pérez

gobierna entre 1908 y 1914 es un excelente ejemplo de corporación en proceso de metamorfosis, de acomodación al medio. Se dan en ella, por una parte, dos transformaciones de tipo jurídico, además de la general para todos los Institutos, que culminará en el CIC de 1917: el carácter eminentemente contemplativo que tenía desde su fundación, en 1588, queda relegado a un segundo término, para definirse a partir de ahora por su actividad ministerial; además, es en estos años, en 1911 y 1912, cuando consigue de la Santa Sede su reconocimiento oficial como Orden autónoma, a pesar de la política unionista que en Roma se venía siguiendo. Por otro lado, durante el generalato de Enrique Pérez, la Orden recoleta sufre también una violenta redistribución de sus efectivos. Como consecuencia de las desamortizaciones de España y Colombia, prácticamente había quedado reducida a Filipinas. El estallido en este país de las revoluciones de 1896 y 1898 supuso para los religiosos españoles una fortísima conmoción. Poco menos que a la desbandada hubieron que buscar acogida en otros lugares. En el caso de los recoletos, comenzó a fuerte ritmo el trasvase a América.

Estos y otros cambios subsiguientes se están fraguando durante este período, y forjan la Orden de Agustinos Recoletos del presente. Este estudio sobre Enrique Pérez y su Orden entre 1908 y 1914 es, pues, un buen observatorio para comprender lo que es el carisma espiritual de los agustinos recoletos, y su necesaria evolución en respuesta a las sacudidas de la historia.

P. Panedas

**Robert I. BRADLEY**, *The Roman Catechism in the Catechetical Tradition of the*

*Church: the Structure of the Roman Catechism as Illustrative of the «Classic Catechesis»*, University Press of America, Lanham / New York / London, 1991, X + 230 pp., 15 x 23 cm.

Se trata de una tesis doctoral dirigida en el «Angelicum» de Roma por el P. Douroux. Es sumamente sintética y de fácil lectura. El autor resuelve su tema en siete capítulos, con una introducción y una conclusión. Los tres primeros están dedicados a exponer ordenadamente cómo se ha formado históricamente lo que el autor llama la «catequesis clásica», arrancando del catecumenado de la época patristica y buscando sus fundamentos en la Sagrada Escritura. Agustín entre los antiguos, y De Lubac entre los modernos, son en esta parte los guías conductores del discurso. Los capítulos 4, 5 y 6 sitúan históricamente el Catecismo Romano: primero en relación con los catecismos precedentes, después en su gestación y redacción durante el Concilio de Trento y bajo San Pío V, presentando finalmente las dimensiones de su contenido. Aquí el autor realiza una buena síntesis de la *Fachforschung* sobre el Catecismo Romano (G. Bellinger, J. Dhôtel, y, sobre todo, los trabajos de P. Rodríguez y R. Lanzetti), que conoce bien. Todo el discurso se encamina al cap. VII, en el que el autor estudia la estructura del célebre Catecismo. Muestra allí el P. Bradley cómo se relacionan internamente los *communia loca* de la Escritura —fe, sacramento, decálogo, oración—, buscando el «alma» de esa interrelación en la doctrina católica sobre la fe y la gracia.

En la conclusión el autor subraya la permanente significación del Catecismo Romano, «the only catechism by the whole Church for the whole Church» (p. 197). Llama la atención que en ningún momento el autor se plantee formal-